

LA FAMILIA



## LA FAMILIA

**S**í; es muy lisonjero para nosotros el aspecto exterior que presenta la sociedad en que hemos nacido. ¡Qué cortesía en el trato! ¡Qué desembarazo en las costumbres! ¡Qué intimidad en las amistades! La civilización ha suavizado de tal manera las asperezas del carácter, que nunca ha sido el hombre ni más afectuoso, ni más cortés, ni más tratable.

Mientras no nos conocemos, es decir, mientras una circunstancia cualquiera no nos pone en comunicación, nos miramos con desdén, con recelo ó con indiferencia; mas desde el momento en que se cruzan las primeras palabras ó se cambian los primeros saludos, todo es cordialidad, afecto, cortesía.

Basta que dos hombres se encuentren en el coche de un camino de hierro, en la berlina de una diligencia, alrededor de la mesa de un café, junto á la chimenea de un casino, ó que sean mutuamente presentados, ya en este salón, ya en el otro, para que desde luego puedan decir que se conocen.... ¿Se conocen?.... Es posible; pero de todos modos saben cómo respectivamente se llaman, y no necesitan más para estrecharse las manos.

Esta facilidad de trato nos proporciona algunas veces conocimientos que no dejan de ser instructivos. ¡Ya se ve! en la loca contradanza que forman tantas manos que se tienden, se buscan y se estrechan, no es ciertamente difícil encontrar algunas de gentes perdidas que nos salen al paso en las encrucijadas del mundo. En toda sociedad hay seres que se pierden; pero, digámoslo con orgullo, en ninguna se encuentran tan fácilmente como en la sociedad en que vivimos.

Ello es que en la superficie que presenta el conjunto de las relaciones humanas se respira esa agradable sociabilidad que acerca á los hombres y los une entre sí con los vínculos de un afecto universal. La fórmula común de que nos servimos para expresar el valor nominal de estas intimidades, son los apretones de manos; y he aquí al hombre moderno, dotado por la naturaleza de dos manos que apenas son suyas, porque todo el mundo tiene derecho á ellas.

Las mujeres, más comunicativas de suyo, van

más allá; sus corazones, más tiernos, no pueden contenerse, y se abandonan á demostraciones más expresivas; y, quieras que no quieras, apenas se ven, estallan en sus bocas las más dulces sonrisas, y después una á otra se comen á besos. No para aquí la cosa, porque los ojos no han de permanecer ociosos en estas efusiones del alma, y una á otra se miran de arriba abajo, mutuamente se escudriñan los pormenores de la *toilette*, y recíprocamente admiradas prorumpen á un mismo tiempo en las más espontáneas alabanzas:

—¡ Ah!.... ¡ Qué hermosa estás!....

—¿ Y tú? ¡ Oh! ¡ Eres inimitable!....

Parecen dos hermanas que se ven por primera vez, ó que no se han visto en un siglo.

Ciertamente es consolador el espectáculo que ofrecemos: diríase que hemos llegado ya al grado supremo, á la plenitud de fraternidad en la que los hombres sólo han de pensar en agradarse y en quererse.

Ved, si no, cómo va desapareciendo aquella desconfianza suspicaz de los maridos, aquel recelo incivil de los padres, aquel espionaje insufrible de los hermanos, que habían hecho de la esposa, de la hija y de la hermana objetos sagrados de un honor intratable. Nuestra sociedad ha puesto en este punto pies en pared, y poco á poco vamos entrando por el aro de las costumbres cultas. El marido, ¡ phs!, se encoge de hombros; el padre, ¡ bah!, mira las cosas con el aplomo del hombre que

conoce el mundo, y sabe que al fin y al cabo esa es la historia de la especie humana; el hermano...., ¡friolera!, bastante tiene que hacer con sus asuntos propios para meterse en más dibujos.

El honor, de cualquier modo que se mire, se ha hecho más sociable, más transigente, menos escrupuloso, lo diré de una vez, más culto. ¡Oh!....: ya no es tan fácil deshonorar á nadie. Hay en nuestro modo de ser civilizado y civilizador verdadera tolerancia y marcada benevolencia hacia las flaquezas, las debilidades, los vicios de nuestra frágil naturaleza; más aún: hemos convertido el espectáculo de las miserias humanas en *comidilla* de nuestras conversaciones; la crónica, que aún llamamos escandalosa, en vez de escandalizar, recrea, entretiene, regocija. Si murmuramos, es por puro pasatiempo; la víctima nos encuentra siempre con la sonrisa en los labios. ¿Por qué no? Nuestras murmuraciones son apacibles, francas, hasta cariñosas; parece que celebramos el fausto suceso de las desdichas ajenas.

Así vamos insensiblemente entrando en el comunismo moral, que debe ser—lo diré en latín—el *desideratum*, el *non plus ultra*, el fin social á que caminamos.

Nada más risueño que esta sociedad, que nos abre al mismo tiempo sus puertas y sus brazos, para llevarnos en triunfo á una gloriosa degradación de sentimientos, y que dulcemente nos va familiarizando con todas las debilidades, con to-

das las flaquezas, con todas las miserias, ¿por qué no confesarlo?... con todos los vicios.

Visto el aspecto exterior que nos presenta, al tender la mirada por su mansa superficie, bien podemos decir que vivimos en una balsa de aceite. ¡Qué conformidad de gustos! ¡qué amenidad de trato! ¡qué confabulación de instintos! ¡Con qué gracia nos guiñamos los ojos al vernos unos á otros! ¡Con qué efusión nos tendemos las manos al encontrarnos! ¡Cuán agradable sorpresa experimentamos siempre que nos vemos!

Hay aquí algo de la dichosa Arcadia; vivimos como en un idilio.

El fondo ya es otra cosa.

Es cierto que nos perdona fácilmente los extravíos; que no nos niega ni sus cien manos ni sus eternas sonrisas, por más que cuente de nosotros las más insignes fechorías. Bien podemos dar variado asunto á sus conversaciones con nuestras locuras, con nuestras perfidias, con nuestras maldades, seguros de que no ha de retirarnos el favor de sus halagos ni las dulzuras de su trato. Cuando acaba de hacer, al correr de la lengua, el bosquejo más acabado de nuestras imperfecciones, es precisamente cuando con más afectuosa confianza nos recibe, ni más ni menos que si quisiera agradecerarnos el placer que acabamos de proporcionarle.

Pero, ¡vamos!, semejante bondad ha de tener también sus límites, puesto que todas las cosas lo

tienen en este mundo, y la sociedad no ha de tener la manga tan ancha que todo lo encuentre á pedir de boca. No es tan frívola que no vea alguna vez en nosotros algo digno de sus severidades.

Por ejemplo : la desgracia es una de las contingencias de la vida que más se le resisten. El día de las tribulaciones no llaméis á su puerta, porque no está en casa, salió muy de mañana, y no volverá hasta que dejéis de ser desgraciados. No la busquéis con las lágrimas en los ojos y los sollozos en la garganta, porque no la encontraréis. ¡Ah! : seríais demasiado crueles si pretendierais afligirla con el espectáculo de vuestras penas. Ella es así; huye de todos los entierros y asiste á todos los bautizos.

¿ Sois ricos?... Entonces todo os lo consiente; mas no dejéis de serlo, porque ese es un caso que considera imperdonable. Robad un imperio, y se inclinará en vuestra presencia; que os lo roben, y os mirará por encima del hombro.

Después de todo, es preciso ser razonables : no se ha hecho el luto para los festines, ni se ha inventado el dolor para que sirva de adorno en las fiestas; la tristeza es naturalmente solitaria, y la sociedad es el conjunto de todas las compañías; es una colección de toda clase de ejemplares; es el género humano en comandita.

Estoy seguro de que no se ha hablado nunca de la *humanidad* como se habla ahora. Los últimos esfuerzos de los libre pensadores la han elevado á la

jerarquía de Dios; *el Dios Humanidad*, si no es la gran creación de nuestro siglo, es por lo menos la gran palabra. A la vez se pronuncia con énfasis filosófico esta frase casi augusta: la *dignidad del hombre*. Jamás la especie humana se ha visto más enaltecida. Mas yo aparto á un lado los libros de los filósofos y penetro en el laberinto de la sociedad, presto oído á las conversaciones, y mi asombro no tiene límites, porque en ninguna parte oigo hablar bien de nadie, y me encuentro con que jamás el hombre ha tenido peor idea del hombre. Jamás en boca de los hombres se ha visto la *humanidad* más despreciada.

Por otra parte, examino el mecanismo social dentro del que nos hallamos, y no veo más que precauciones, recelos, desconfianzas; la administración pública es una serie interminable de ruedas que se engranan para vigilarse, para intervenirse, porque, digan los filósofos lo que quieran acerca de la *dignidad del hombre*, aquí no se fia nadie de nadie; la propiedad y la vida necesitan el auxilio constante, asiduo de la fuerza armada, y sólo se atreven á dormir tranquilas entre el fusil del centinela, el revólver del municipal y la lanza del sereno. Diríase que nosotros, sociedad civilizada, vivimos en medio de un pueblo salvaje, y que el colmo de la civilización lo alcanzaremos el día en que podamos dedicar una pareja de Guardia civil á la vigilancia de cada ciudadano.

Debajo de la superficie que presentamos se es-

conde el fondo en que vivimos : el abismo aparece coronado de flores ; llevamos el afecto en las manos y la sonrisa en los labios ; pero detrás de esta perspectiva consoladora palpita la más triste de las realidades : la envidia , que todo lo envenena ; la codicia , que todo lo corrompe ; la vanidad , que todo lo desprecia ; el egoísmo , que todo lo hiela ; los vicios , que todo lo degradan .

En el momento del saludo , en el instante en que dos manos se acercan , se juntan y se estrechan , los semblantes se iluminan con todas las dulzuras del agrado ; mas hay que separarse , se vuelven la espalda , y suele cambiar la expresión afectuosa de la fisonomía en indiferencia , en desprecio ó en burla . Yo pregunto : ¿ Habita el hombre entre sus semejantes ó entre sus enemigos?...

A esas relaciones superficiales , á esa comunicación continua y frívola , insubstancial y amena al mismo tiempo , que se rompe con la misma facilidad que se teje , que nos toma sin reflexión y nos deja sin pena ; á esa continuidad de apretones de manos , de saludos , de visitas ; á esa concurrencia de conocimientos en que nos vemos envueltos , y que nos quitan la soledad sin hacernos compañía , es á lo que llamamos trato , mundo , sociedad ; ella es la corte perpetua de todas las grandezas humanas , la delicia del género humano , el centro de la vida del hombre .

Si buscamos algo que nos indemnice del sacrificio de nuestros sentimientos , de nuestra sinceri-

dad y hasta de nuestra virtud , es preciso que le volvamos la espalda , y encontraremos por único desquite el refugio de la familia .

El padre , la madre , la mujer , los hijos , los hermanos : he ahí todas las figuras del cuadro . Es una sociedad cuya constitución permanente no se fraguó jamás en ninguna asamblea . La autoridad no se ejerce en ella ni por aclamación , ni por sufragio , ni por victoria , ni por convenio ; no es un poder vencedor ; ni se hereda , ni se compra , ni se impone , ni se contrata : potestad inamovible , que se ejerce por la fuerza de una ley que no está escrita en ninguna parte .

¿ Qué distancia hay entre la sociedad y la familia?... Ninguna . La familia multiplicada por diez , por ciento , por mil : he ahí la sociedad . Equivaldría á preguntar : ¿ qué distancia existe entre las partes que forman un todo y el todo formado por las partes?... Las familias son la sociedad misma . Esto es exacto .

Pues bien : yo me atrevo á decir que es una exactitud falsa ; que entre la familia y la sociedad existe una inmensa distancia .

Ved al hombre que vuelve de la perpetua comedia de la sociedad á las realidades de la familia : llega cansado , como el viajero que viene de lejanos países , como el proscrito que vuelve á pisar la tierra de su patria . Entra , y respira , ni más ni menos que si se desembarazara de un peso enorme . Ojos solícitos le salen al encuentro y espían en su sem-

blante la más ligera señal de lo que apetece; manos cariñosas le quitan el sombrero, le acercan la silla, lo acarician; bocas risueñas pronuncian su nombre. Aquello es otro mundo, otras gentes; los seres que lo rodean no parecen seres humanos; todo lo que acaba de dejar es mentira, y es verdad todo lo que allí encuentra.

El corazón, escondido en el último rincón de la vida, se dilata, se ensancha y se determina á abrir las puertas de sus sentimientos, y, si puedo decirlo así, se apresura á asomarse á la ventana del rostro, de la que parecía estar desterrado. El hombre sale de sí mismo, se busca, se halla y toma posesión de su ser. Hasta entonces no se ha pertenecido; se debía á la sociedad; ahora ya es suyo, se pertenece, se debe á la familia; acaba de rehabilitarse á sus propios ojos.

En medio de los hombres, es egoísta; en medio de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos, es generoso.

Allí lo veréis siempre astuto, prevenido; aquí lo encontraréis siempre confiado, indefenso.

En la sociedad es malo ó finge serlo; en la familia es bueno ó quiere parecerlo.

Allí se burla de las virtudes, y aquí se indigna contra los vicios.

Cualquiera que sea la rectitud de sus principios morales, en la sociedad es tolerante, en la familia intransigente.

Parece que cambia de naturaleza. Observadlo

bien en el laberinto de la sociedad en que vive, y descubriréis en él un reo más, convicto y confeso; pero sorprendedlo en el hogar tranquilo de la familia, y lo veréis transformado en juez; ¡oh!, en juez inexorable.

Es otro hombre.

¿Por qué?

Porque respira otra atmósfera, porque la familia se encuentra á gran distancia de la sociedad, porque al abandonar la escena en que ha hecho su papel, se despoja del disfraz y se ve, se reconoce y se siente.

Hijo ó padre, hermano ó esposo, reviven en su alma los dulces afectos de la vida, y su corazón, fatigado de tanto engaño, de tantas mentiras, de tantas ficciones, descansa á la vez en cada uno de los corazones que lo rodean.

Vuelve de la soledad á la compañía, del frío de la calle al calor de la casa, del tumulto de la sociedad al sosiego de la familia, y allí, en la intimidad del cariño, su propio corazón le dice que no está solo en el mundo.

Vuelve; muy bien: ¿y qué trae? Trae tristeza, desaliento, ese amargo pesar que destila gota á gota el trato continuo con los hombres.... Los desengaños, las ingratitudes, las perfidias. ¡Oh qué desencanto! Mas le sale al paso la alegría de un niño todo inocencia, la voz de una mujer toda dulzura, la palabra de un anciano toda experiencia: alegría que lo anima, voz que lo consuela, palabra

que lo conforta : le hablan á la vez la vida que empieza , la vida que ama y la vida que acaba; el padre que lo bendice , la mujer que lo abraza, el hijo que lo besa.

Se adelantan á recibirlo la esperanza que le dice : «Vive»; el amor que le dice : «Cree», y la experiencia que le dice : «Espera». Voz que sale de la cuna; voz que sale del alma; voz que sale del sepulcro : la mañana que despunta, el día que resplandece, la tarde que cae.

Un nuevo horizonte se abre ante sus miradas. La sociedad : ¡ qué desierto ! ¡ qué tristeza ! La familia : ¡ qué encanto ! ¡ qué alegría !, y , sobre todo, ¡ qué consuelo !

Vuelve enfermo, y la dolencia extiende sobre su semblante la sombra de la muerte. No necesita decir «me muero», porque los ojos que lo ven lo adivinan , y el dolor se pinta en todos los semblantes, y las lágrimas se detienen en los ojos por no afligirlo. Su vida parece que es la vida de todos los que le cercan , y el cariño, que todo lo ve , que todo lo sabe y todo lo siente , es el bálsamo que templará los dolores de su cuerpo y las angustias de su alma.

Buscamos en la sociedad satisfacciones que sólo encontramos en la familia. El mundo nos olvida bien pronto ; pero el padre no nos olvida nunca , y el hijo nos recuerda siempre. Aquella que ha sido verdaderamente la compañera de nuestro viaje por la tierra ; la que ha partido con nosotros las ale-

grías y las tristezas , los temores y las esperanzas, jamás nos abandona ; en su memoria vive nuestro nombre y en sus palabras nuestro recuerdo. Se puede decir que nos acompaña hasta el sepulcro, y allí, sentándose en el solitario umbral de la muerte, espera el momento en que deba seguirnos.

Esta sombra que nos sobrevive , este luto que dejamos en pos de nuestro paso , no lo busquéis en la sociedad , porque sólo se encuentra en los rincones de la familia. Es un dolor que se esconde, un luto que se oculta , un recuerdo solitario que se postra silencioso ante el altar de la Justicia Divina, pidiendo el perdón de nuestros extravíos.

En la sociedad encontramos aplausos , lisonjas ; en la familia , consejos , advertencias.

La sociedad nos empuja por todas las pendientes de la vida , y ¡ cuántas veces la familia nos detiene al borde del abismo !

Ajustad bien la cuenta , y veréis que á la sociedad le debemos muchos malos pensamientos , y á la familia algunas bellas acciones.

Decidme : ¿ por qué las locuras que nos envanecen ante la sociedad nos avergüenzan ante la familia?... ¿ No lo sabéis?... Porque la sociedad es nuestro cómplice y la familia nuestro remordimiento.

Caéis.... , y la sociedad se ríe y la familia se aflige ; porque en el día de las tribulaciones, la lisonja nos vuelve la espalda , y el cariño nos tiende los brazos.



La sociedad, en fin, es el placer, la vanidad, la holganza y el lujo; la familia es la economía, la virtud, el orden y el trabajo.

En la sociedad la mujer no es más que el deleite; en la familia es el amor.

FIN.



## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<b>FISONOMIAS CONTEMPORANEAS.</b>	
I.—Cuatro palabras.....	7
II.—Vista exterior.....	11
III.—Vista interior.....	21
<b>EL GRAN MUNDO.</b>	
I.—Fondo del cuadro.....	35
II.—Las primeras líneas.....	44
III.—Un tipo.....	55
IV.—El conjunto.....	68
V.—Pedro Fernández.....	80
<b>LA GRAN CIENCIA.</b>	
I.—¿Es ciencia?.....	89
II.—Dios.....	91
III.—El hombre.....	94
IV.—Resumen.....	97
V.—El alma.....	98
VI.—Criterio de verdad.....	100
VII.—No es ciencia.....	103

## EL FILÓSOFO MODERNO.

I.—La especie.....	107
II.—¿Qué son?.....	113
III.—El perfil.....	115
IV.—Su ciencia.....	119
V.—Su conciencia.....	123
VI.—Rasgos distintivos.....	127
VII.—Facción dominante.....	129
VIII.—Médico.....	134
IX.—Jurisconsulto.....	137

## CONCLUSIÓN.

I.—Luz.....	141
II.—Sombra.....	145
III.—Boceto.....	148
IV.—Advertencia.....	152

## HECHOS Y DICHOS.

## IDILIO PATIBULARIO.

I.—Noemia Lescuyer.....	161
II.—El tribunal.....	167

## EL BANCO.

I.—Los billetes.....	173
II.—Las acciones.....	179

## CUENTA CORRIENTE.

I.—Haber.....	187
II.—Déficit.....	197

## LA EMOCIÓN DEL DÍA.

I.....	211
II.....	223

## LOS SUICIDIOS.

I.....	237
II.....	245
III.....	254
IV.....	261

## FRASES HECHAS.

I.—Caprichos de la lengua.....	271
II.—Creer á puño cerrado.....	277
III.—Creer á pie juntillas.....	279
IV.—A ojos vistas.....	281
V.—Estar de monos.....	285
VI.—Pelar la pava.....	291
VII.—Dormir á pierna suelta.....	297
VIII.—Cantar la palinodia.....	301
IX.—Echar la casa por la ventana.....	305
X.—Sin contar con la huésped.....	309
XI.—El juego de las instituciones.....	311
XII.—Hacer atmósfera.....	315
XIII.—Enjugar la deuda y castigar el presupuesto.....	319
XIV.—Conclusión.....	323

La vida moderna.....	333
La casa.....	347
La familia.....	347